

CAPITULOS ALFONSO
QUINTO

NOTAS
en oveso Salinas

NOTAS

DE LAS PRIMERAS EDICIONES

ODAS

LIBRO PRIMERO

ODA II.—LA VENDÉE

I

(pág. 39)

¿Quién de nosotros de la tumba fría
de un hermano querido ó de una esposa
al rededor, no ha presidido el duelo?

«¿Qué francés ignora hoy los cánticos funerarios? ¿Quién
de nosotros no ha presidido el duelo al rededor de una tumba,
no ha hecho resonar el grito de los funerales?»

CHATEAUBRIAND.—*Les Martyrs*.

II

(pág. 39)

«Si víctimas entonces tuvo Francia,
sus mártires sin fin la Vendée tuvo.»

Alusión á la hermosa «Notice sur la Vendée», publicada
en el *Conservateur*, en 1819, por M. de Chateaubriand. La oda
fué compuesta con la emoción de esta lectura, y primeramente
publicada con este vago y enfático título: *Los destinos de la
Vendée*.

Genovevo Galinos.

III

(pág. 41)

pasearán sus muertos insepultos
otros, y esconderán bajo la tierra
sus muertos, por librarlos de los vivos.

La noble viuda de M. de Lescure se llevó en su coche el cuerpo de su marido, y se le enterró en un rincón de tierra ignorado para sustraerlo á los ultrajes de la exhumación.

IV

(pág. 42)

¡Gran Dios! — Si acaso, tras de aquellos días...

Esta estrofa y la siguiente contienen, acerca de los actos del ministerio de entonces respecto á los vendedores, alusiones que hoy resultan obscuras, y que en 1819 eran sin duda demasiado claras para la tranquilidad del autor. Por lo demás, si no las explica en este lugar, es porque ya no hay peligro en hacerlo, y, además, porque estos pasajes están demasiado impregnados de odio de partido.

ODA III. — LAS VÍRGENES DE VERDÚN

V

(pág. 45)

Enriqueta, Elena y Ágata Watrin, hijas de un oficial superior; Bárbara Henri, Sofía Tabouillot y varias otras doncellas de Verdún, fueron llevadas ante el tribunal revolucionario, como culpables de haber ofrecido flores á los prusianos á su entrada en la ciudad. Las tres primeras, que únicamente son el objeto de esta oda, eran acusadas, además, de haber distribuido dinero y socorros á los emigrados. Una ley castigaba de muerte este singular género de delito. Fouquier Tainville, hechizado por la belleza de las tres jóvenes, les hizo insinuar que callaría esta segunda parte de la acusación si querían escuchar proposiciones injuriosas á su honra. Ellas se negaron, siendo condenadas y llevadas á la muerte junto con veintinueve habitantes de Verdún. La mayor de las tres hermanas tenía diez y siete años.

Bárbara Henri, Sofía Tabouillot y sus compañeras, entre

las cuales había niñas de trece á catorce años, fueron condenadas al *carcan* y á veinte años de detención en la Salpêtriera. El Directorio les devolvió la libertad.

VI

(pág. 46)

Es Tainville; vedle, en nombre de la patria,
al crimen invitando á la horda hedionda
de asesinos, en jueces convertidos;
el deseo de sangre les tortura,
y su voz homicida á la humeante
hacha, designa las diarias víctimas.

Fouquier Tainville, acusador público, reunía á tan horrible profesión el privilegio no menos horrible de señalar las sesenta ú ochenta cabezas que debían caer diariamente en París.

VII

(pág. 47)

Nuestros bravos, entretanto,
¿qué hacían? El socorro de su espada
prestando estaban á la vil cuchilla,
su valor engañando; á los verdugos
que empañaban el brillo de sus glorias
de batallas sin fin, ellos salvaran.
¡Ay! Aquel mismo día, — un día mismo,
día á la vez de gloria y de vergüenza, —
subió Moreau en su carro victorioso
y su padre en el carro de los muertos.

Moreau hizo prisioneros á enemigos superiores en número y tomaba la isla de Cazán y el fuerte de la Ecluse el mismo día que su anciano padre iba al suplicio.

VIII

(pág. 47)

Verdún vistióse su festivo traje,
y de sus hierros libre, en su alegría,
fué á ofrecer su conquista á aquel monarca
que en vengador alzóse de los reyes.

Verdún ardía en deseos de abrir sus puertas al rey de Prusia. El intrépido comandante resistió durante tres días á las instancias de los habitantes y á las amenazas de Federico Guillermo. Obligado por fin á capitular, se saltó la tapa de los

sesos. Este valiente se llamaba Beaurepaire. El honor francés jamás se desmintió en acción de guerra.

IX

(pág. 49)

á Carlota, Judith que de antemano
os vengó ya.....

El año anterior, Carlota Corday había muerto á Marat, uno de los representantes que más poderosamente contribuyeron á hacer adoptar la ley contra los que socorrían á los emigrados.

X

(pág. 50)

y á Sombreuil á quien descubren siempre
sus palidecimientos repentinos,
la fría, helada sangre de los muertos
dentro sus venas circulando...

La señorita de Sombreuil compró la dicha de salvar á su padre bebiendo un vaso de sangre. Todavía, mucho tiempo después, se la veía palidecer y estremecerse al solo recuerdo de aquel horrible y sublime esfuerzo, que destruyó su salud y la dejó para toda su vida sujeta á dolorosas convulsiones.

ODA IV. — QUIBERÓN

XI

(pág. 51)

Después de la toma del fuerte Penthièvre, los emigrados, mandados por el conde de Sombreuil, hermano de la ilustre señorita de Sombreuil, fueron rechazados al extremo de la península de Quiberón por los soldados de la Convención. El general republicano Hoche, viendo á aquellos nobles en la desesperación, temió la horrible carnicería que iba á haber por ambas partes. Hizo á Sombreuil la proposición de tratarles como prisioneros de guerra si querían rendirse. Añadió que Sombreuil era el único para el cual nada podía prometer. Éste respondió: *Moriré de buena gana, si puedo salvar á mis hermanos de armas.* Fiando en esta capitulación verbal, ordenó á los suyos que rindieran las armas. Se cumplió el pacto res-

pecto de él, fusilándolo junto con el obispo de Dol. Pero no se tuvo la misma fidelidad para con los emigrados hechos prisioneros de guerra. El grito de horror y de compasión que se levanta hoy al solo nombre de Quiberón, excusa hablar más del asunto.

Por lo demás, no es el nombre del general Hoche el que queda mancillado por este atentado.

Los vendeanos han dado el nombre de *Pradera de los Mártires* á la llanura donde aquellos valerosos nobles fueron fusilados por destacamentos, y los soldados de La Rochejaquelein hoy día van en peregrinación á visitar los restos de los compañeros de Sombreuil.

ODA VI. — LA ESTATUA DE ENRIQUE IV

XII

(pág. 64)

¡Qué es lo que digo! Su adorada estatua
de bronce destruyeron ellos mismos,
y la extraviada horda
mutilaba á aquel héroe caído.

Y, no obstante, el asilo de los muertos
con sacrilega mano profanando,
pedían á la arcilla
de sus frías facciones el retrato.

La estatua de Enrique IV fué derribada el 10 de agosto.

Sábese que por el mismo tiempo fué cuando, después de haber violado las tumbas reales, se puso sobre la cara de Enrique IV exhumado una mascarilla de yeso para sacar el molde de sus facciones.

XIII

(pág. 65)

Sentado junto al Sena, etc.

Aquí hay una enorme falta de historia y de geografía. Esta oda fué compuesta al salir del colegio, y no es en el colegio donde se aprenden la geografía y la historia.

XIV

(pág. 66)

¿A dó vais? ¿Qué ruido
nace, crece y avanza?

Nadie ignora el entusiasmo con que, el 13 de agosto de 1818, se apoderó el pueblo de la estatua de Enrique IV y la arrastró á fuerza de brazos hasta el sitio donde había de ser levantada.

ODA VII. — LA MUERTE DEL DUQUE DE BERRY

XV

(pág. 75)

Tú serás cual la madre extenuada
que, sentada en su lecho, inconsolable,
llora porque su hijo ya no existe.

«Et noluit consolari, quia non sunt.»

XVI

(pág. 76)

D'Enghien se pasmará desde los cielos
viendo tan pronto á su querido amigo
de juventud, á quien, á morir próximo
el anciano Condé, de sus deberes
le confiriera el bienhechor legado.

Recuérdese que al morir el príncipe de Condé, recomendaba al señor duque de Berry la honrada indigencia de sus antiguos compañeros de armas.

ODA VIII. — NACIMIENTO DEL DUQUE DE BURDEOS

XVII

(pág. 79)

¡Levántate! Enrique ha de gustarte
puesto en la cuna por el pueblo dada.

La cuna regalada por los mercados de Burdeos.

XVIII

(pág. 81)

Al lugar do naciera,—la princesa ¿á qué iría?
Parténope ya ultraja—á su dueño de un día.
Por el clima atraídos,—los extranjeros ven
á Palermo en furor,—á Mesina en alarmas,
y huyen compadecidos—de la Sicilia en armas
por los mares sangrientos—de aquel fúnebre edén.

En la época en que fué publicada por primera vez esta oda, acababa de estallar la revolución de Nápoles.

LIBRO SEGUNDO

ODA III. — LA BANDA NEGRA

XIX

(pág. 114)

¡Qué! ¿Dios esos intrépidos trabajos
inspiró? ¿De aquel polvo descubierto
por sus afaes, satisfechos todos,
no querían tal vez más que sepulcros
vacíos, ya que el cielo que tenían
era un cielo desierto? Es que domando
respetos y aprensiones
con que fascina ante su grey la muerte,
su mano imaginóse
mortificar á algún retoño augusto
como si hiciera daño á sus raíces,
y en pos corriendo de hecatombes nuevas
su sublime valor, en sus ataques
á aquellas tumbas; ¿es que se ensayaba
en vencer una cuna?

Sabido es que durante la época de nuestra revolución, la violación de las tumbas precedió á los atentados regicidas, de los cuales, el más odioso tal vez fué el que lentamente, y como por placer, se llevó á cabo con un niño.

ODA VI. — LA LIBERTAD

XX

(pág. 125)

... Porque mi lira
es de las que, con voces importunas,
lloran todo infortunio bendiciendo
toda virtud. Mis abnegados himnos
no arrastran la cadena del obscuro
gladiador, pero salen á la arena
cubiertos con el lienzo de los mártires.

Los mártires condenados á las fieras bajaban al circo cubiertos con una túnica azul.

ODA VII. — LA GUERRA DE ESPAÑA

XXI

(pág. 134)

Humeante la España todavía
de un conquistador fiero á las pisadas,
por su real virginidad gimiendo,
seguía entre los brazos
de su espantable amante
á nuestra libertad prostituída.

La constitución de las cortes estaba calcada sobre nuestra constitución de 1791. A nuestro juicio, en esto consistió su error.

ODA IX. — LA MUERTE DE MLE, DE SOMBREUIL

XXII

(pág. 140)

Hemos conservado aquí á la señorita de Sombreuil (fallecida en 1823, condesa de *Villelume*) el nombre que hizo ilustre. Es por demás añadir nada sobre este nombre. Él dice lo bastante, dice demasiado. Sin embargo, no sabemos abstenernos de recordar ahora que la caridad de la señora de Villelume fué tal vez tan admirable como el heroísmo de la señorita de Sombreuil.

LIBRO TERCERO

ODA IV. — LA CONSAGRACION DE CARLOS X

XXIII

(pág. 171)

Vino, escapando á las profanaciones...

El 6 de octubre de 1793, el ánfora de los santos óleos, que desde hacía catorce siglos, depositada en el sepulcro de San Remy, era venerada en la iglesia de Reims, fué rota por un comisario de la Convención contra el pedestal de la estatua de Luis XV; pero algunas manos fieles lograron recoger fragmentos del ánfora y una parte del bálsamo que contenía, se-

gún consta de un proceso verbal auténtico, verificado en la escribanía del Tribunal de Reims.

Libro de las oraciones y ceremonias de la Consagración, publicado por orden del señor arzobispo de Reims.

XXIV

(pág. 172)

Carlos será, por el estilo antiguo
consagrado, lo mismo
que Salomón, el sabio rey que pudo
saborear del cielo los manjares,
cuando juntos Sadoch y Natán, luego
de rociar su cabeza con un bálsamo,
acercándose á él, mientras besaban
su frente, murmuraron: ¡Viva siempre!

«Unxerunt Salomonem Sadoch sacerdos et Nathan propheta regem in Sion, etc.»

Oración de la Consagración.

XXV

(pág. 173)

Luego el rey se arrodilla, y los obispos dicen: «¡Señor, piedad para nosotros!»

«El rey se prosterna y se recitan las letanías:

LOS OBISPOS

«¡Señor, tened piedad de nosotros! *Kyrie eleison*»

Ceremonial de la Consagración.

XXVI

(pág. 174)

..... ¡Señor, os alabamos
y os tenemos por Dios!.....

«Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.»

Himno de acción de gracias.

XXVII

(pág. 174)

¡Vos sois, Señor, el Dios de la victoria!
Tres veces los gloriosos querubines
os han llamado santo...;

«Tibi Cherubim et Seraphim incessabili voce proclamant:

»Sanctus, sanctus, sanctus,

»Dominus Deus Sabaoth.»

Himno de acción de gracias.

XXVIII

(pág. 175)

... ante
testigos tan gloriosos
del esplendor de Francia...

El autor ha querido caracterizar en esta estrofa las principales ceremonias de la consagración, la *preparación del santo crisma*, la *consagración del rey*, la *coronación*, la *bendición de la espada*, la *tradición del cetro y de la mano de justicia*, la *bendición de los guantes*.

XXIX

(pág. 175)

Entra, ¡oh pueblo!...

Cuando el rey es entronizado, se abre la puerta al pueblo y se sueltan los pájaros conforme á las antiguas tradiciones del reino.

XXX

(pág. 176)

¡Ya es sacerdote y rey!...

«Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech.»

Salmo 109.

La iglesia llama al rey el *obispo de fuera*; en la misa de la consagración, comulga en las dos formas.

XXXI

(pág. 176)

... Ahora precisa
que sacrifique.

«Holocaustum tuum pingue fiat.»

Salmo.

XXXII

(pág. 176)

¡Oh Dios! Conserva siempre
este rey al que adora todo un pueblo.

«Domine, salvum fac regem!»

Oración para el rey.

XXXIII

(pág. 175)

Rompe flechas y dardos de enemigos
suyos...

«Rumpe tela inimicorum.»

Salmo.

XXXIV

(pág. 176)

... ya de Poniente á Mediodía,
ya cabalguen corceles ó bien carros.

«Hi in curribus, et hi in equis.»

Oración para el rey.

ODA VII. — Á LA COLUMNA

XXXV

(pág. 197)

¡Pero no! El austriaco, en su fiereza
que él doma, está contento si sus nombres
no dicen más que la vergüenza suya.
Hace á nuestros valientes
de su derrota un título,
y, de los feudatarios

temiendo más que de los vencedores,
perdona á nuestros duques militares
sus florones, si son sólo laureles.

Austria se niega á reconocer los títulos que parecen instituir feudos en sus dominios; pero admite los que sencillamente recuerdan *victorias*.

LIBRO CUARTO

ODA III.—MOISÉS EN EL NILO

XXXVI

(pág. 220)

Y cuando la heredera de los reyes
todos sus velos de oro se quitaba,
creíanse las jóvenes beldades,
á las que ella ofuscaba todavía,
contemplar á la hija de la onda.

Los egipcios, como los griegos y los tirios, suponían que la diosa de la belleza había nacido de la espuma de los mares.

XXXVII

(pág. 221)

Tú que desde muy lejos
en dudas crudelísimas
seguías con tus ojos á tu hijo
por quien velaba el cielo; nada temas,
y acude...

La Biblia dice que la madre de Moisés dejó á su hija á la orilla del río para vigilar la cuna; el autor ha creído poder suponer que se había quedado la misma madre para llenar tan triste deber.

ODA VI.—EL GENIO

XXXVIII

(pág. 234)

Ahora los griegos doblan
sus cabezas serviles
y sobre las Termópilas se alza
la torre del tirano.

Sin duda es inútil recordar nuevamente al lector que la primera publicación de esta oda es anterior al heroico despertar de Grecia.

XXXIX

(pág. 236)

El pájaro, asimismo,
que está de las Tormentas en el Cabo,
ve sobre nuestras frentes
como arrollan las nubes
sus olas sediciosas;
él, lejos del ruido de la tierra,
mecido por su vuelo solitario
va á dormirse en los cielos.

El albatros duerme volando.

LIBRO QUINTO

ODA IX.—MI INFANCIA

XL

(pág. 304)

Visité aquella isla
en despojos tristísimos fecunda
primer peldaño luego
de una caída inmensa.

La isla de Elba, donde se encuentra multitud de vestigios volcánicos.

XLI

(pág. 305)

El Escorial de lejos
parecióme una tumba
y el acueducto triple
mi frente ve inclinarse
ante su imperial frente.

El célebre acueducto romano de Segovia donde se admiran tres hileras superpuestas de arcadas de granito.

BALADAS

BALADA VIII. LOS DOS ARQUEROS.—BALADA XIII. LA LEYENDA DE LA MONJA

XLII

(págs. 390 y 409)

M. Luis de Boulanger, á quien van dedicadas estas dos baladas, se colocó desde muy joven en la primera fila de esta nueva generación de pintores que promete elevar nuestra escuela al nivel de las magníficas escuelas de Italia, España, Flandes é Inglaterra. La reputación de M. Boulanger se apoya ya en muchas obras de primer orden, entre las cuales recordaremos solamente el hermoso cuadro de *Mazepa*, tan admirado en el último Salón, y la gigantesca litografía la *Ronde du Sabbat*, donde puso tanta vida, realidad y poesía. El autor de esta colección le ha dedicado estas dos baladas en prueba de admiración, de agradecimiento y de amistad.

BALADA XI.—LA CAZA DEL BURGRÁVE

XLIII

(pág. 400)

El argumento de esta balada, tal vez de forma demasiado gótica, está tomado del *Recueil des traditions des bords du Rhin*.

BALADA XII.—EL TORNEO DEL REY JUAN

(pág. 405)

... una marcha de Luzarco [deteniéndose] á cada arco del Puente Nuevo.

El Pont-aux-Changeurs se llamaba también el Pont-Neuf.

BALADA XV.—EL HADA Y LA PERI

(pág. 423)

Espantando las noches
con engañosa aurora

á mi voz, á menudo
allí un rojo meteoro
cruza en arco de fuego
sus lucentes gavillas en los aires.

La aurora boreal.

1880

Las variantes de los manuscritos consisten, con respecto á las *Odas y Baladas*, en aquellos «versos rehechos» y en aquellas «estrofas transportadas ó sustituidas» de que habla el Prefacio de 1828. No hemos creído que pudiera resultar interesante la reproducción, conforme á las primeras ediciones, de aquellos versos de adolescente condenados y corregidos por el joven ya hombre.

En cuanto á las piezas enteramente suprimidas, estarán más en su lugar en el tomo primero de *Victor Hugo contado por un testigo de su vida*.

Genovevo Salinas

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prefacio de la edición definitiva	v
1853	ix
1822	x
1824	xiii
1826	xxiii
1826	xxviii

ODAS

LIBRO PRIMERO.—1818-1822

Oda I.	El poeta en las revoluciones	35
Oda II.	La Vendée	39
Oda III.	Las vírgenes de Verdún	45
Oda IV.	Quiberón	51
Oda V.	Luis XVII	57
Oda VI.	El restablecimiento de la estatua de Enrique IV	62
Oda VII.	La muerte del duque de Berry	70
Oda VIII.	El nacimiento del duque de Burdeos	78
Oda IX.	El bautismo del duque de Burdeos	83
Oda X.	Visión	89
Oda XI.	Buonaparte	94

LIBRO SEGUNDO.—1822-1823

Oda I.	A mis odas	103
Oda II.	La historia	108

	Páginas
Oda III. La banda negra	110
Oda IV. A mi padre.	117
Oda V. A los reyes de Europa.—La comida libre	122
Oda VI. La libertad	125
Oda VII. La guerra de España.	131
Oda VIII. Al arco de triunfo de la estrella	138
Oda IX. La muerte de la Srta. de Sombreuil.	140
Oda X. El último canto	145

LIBRO TERCERO.—1824-1828

Oda I. A M. Alfonso de L.	151
Oda II. A M. de Chateaubriand.	161
Oda III. Los funerales de Luis XVIII	164
Oda IV. La consagración de Carlos X	169
Oda V. Al coronel G.-H. Gustaffson	177
Oda VI. Las dos islas.	184
Oda VII. A la columna de la plaza Vendome	193
Oda VIII. Fin	203

LIBRO CUARTO.—1819-1827

Oda I. El poeta	207
Oda II. La lira y el arpa	212
Oda III. Moisés en el Nilo	217
Oda IV. La abnegación	223
Oda V. En la Academia de los Juegos Florales	229
Oda VI. A M. de Chateaubriand.—El genio	231
Oda VII. La hija de O-Taiti.	237
Oda VIII. A M. Ulric Guttinguer.—El hombre feliz	240
Oda IX. El alma	243
Oda X. El canto de la arena	249
Oda XI. El canto del Circo.	252
Oda XII. El canto del torneo	255

	Páginas
Oda XIII. El Anticristo	259
Oda XIV. Epitafio	264
Oda XV. Un canto de fiesta de Nerón	267
Oda XVI. La libélula	272
Oda XVII. A mi amigo S.-B.	273
Oda XVIII. Jehová.	275

LIBRO QUINTO.—1819-1828

Oda I. Primer suspiro	281
Oda II. Añoranza	283
Oda III. Al valle de Chérizy	286
Oda IV. A ti.	290
Oda V. El murciélago	293
Oda VI. La nube	296
Oda VII. La pesadilla	298
Oda VIII. La mañana	300
Oda IX. Mi infancia	301
Oda X. A G... Y.	307
Oda XI. Paisaje.	308
Oda XII. A ti otra vez.	312
Oda XIII. Su nombre	314
Oda XIV. Acción de gracias	317
Oda XV. A mis amigos	320
Oda XVI. A la memoria de un niño	322
Oda XVII. A una joven.	324
Oda XVIII. A las ruinas de Montfort-L'Amaury.	326
Oda XIX. El viaje	329
Oda XX. Paseo	335
Oda XXI. A Ramón, duque de Benay.	338
Oda XXII. A la señorita J.-D. de M.—El retrato de una niña	342
Oda XXIII. A la señora condesa A. H.	345
Oda XXIV. Lluvia de estio	347
Oda XXV. Sueños.	351

BALADAS

1823-1828

Balada I.	Una hada	361
Balada II.	El silfo	364
Balada III.	La abuela	370
Balada IV.	A Trilby, el duende de Argail . .	373
Balada V.	El gigante	377
Balada VI.	A M. J. F.—La novia del timbalero	381
Balada VII.	La refriega	385
Balada VIII.	Los dos arqueros	390
Balada IX.	Óyeme, Mariana	395
Balada X.	A un caminante	398
Balada XI.	A Pablo.—La caza del burgrave .	400
Balada XII.	El torneo del rey Juan	405
Balada XIII.	A M. Louis Boulanger.—La leyenda de la monja	409
Balada XIV.	A M. Charles N.—La ronda del sá- bado	416
Balada XV.	El hada y la peri	423
Notas		437

OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO

DIOS

Genovevo Salinas